

LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA

♦ PABLO NEY FERREIRA

Los resultados que provengan del fallo de la ciudadanía cuando se la consulte sobre algún tema específico van a depender directamente del grado de información y de deliberación que se genere en torno al tema en cuestión. Cuanto más desinformada esté la ciudadanía, cuando menos delibere acerca del tema, cuanto menos se enfrente a los problemas públicos de decidir y argumentar con responsabilidad, peores van a ser los resultados de la consulta.

Aquí insistiré nuevamente en un tema que me parece particularmente importante para la calidad de la democracia: el necesario y atento intercambio de información y de argumentos, indispensable para resolver con la mayor solvencia posible los asuntos públicos. Dividiré el análisis en dos partes: en primer lugar nos ocuparemos del diálogo entre representantes, y en segundo lugar del diálogo entre los ciudadanos en general. Me propongo argumentar en esta ocasión sobre un sentido más participacionista de la idea democrática.

A menudo se escucha en los medios de comunicación -intentando difundir información- sobre la necesidad de que se provoquen debates sobre determinados temas. Esto es una necesidad básica en cualquier sistema político que se precie de ser democrático, pero esta exigencia sólo es satisfecha cuando se entiende bien de qué hablamos cuando proclamamos la necesidad de la presencia de "debates".

Habitualmente la pregunta que a uno le viene a la mente cuando presencia algún "debate", y más precisamente luego de haberlo visto es: "quien ganó". Esta apreciación (sin duda la más popular, y al mismo tiempo la más tonta) es tremendamente negativa. Así visto, parece que estuviéramos frente a una contienda, a un enfrentamiento entre dos individuos que hacen valer sus armas (presencia, sentido del humor, popularidad, astucia, inteligencia, rapidez mental, etc...) con el cometido de vencer a su oponente adversario, quedando el tema en "debate" en un segundo término. Lo que interesa es demostrar al ciudadano que en la competencia individual, determinado individuo aparece más victorioso que el contrincante de turno. En este tipo de "debates", la imagen, la retórica y hasta la mera presencia estética del candidato en general pueden ser decisivas.

♦ MUESTRA SIN VALOR

Este tipo de "debates" no tiene ningún valor para la ilustra-

ción de la ciudadanía y no aporta absolutamente nada a tratar de entender la democracia como el sistema de gobierno que es proclive a lograr las soluciones más justas para el interés general. En este sentido, la elite presuntamente virtuosa que los ciudadanos han elegido, ni siquiera cumple con sus tareas más didácticas; en un sentido teórico debería funcionar de la misma manera que delibera una asamblea universitaria cuando debate un tema técnico: contrastar los mejores argumentos, en aras de encontrar la verdad, o al menos la solución más justa.

Por el contrario, en la práctica encontramos individuos que en lugar de pretender compartir con su oponente de turno argumentos, ideas, información, etc., con la finalidad de zanjar algún tema que les preocupa, se muestran enfrentados como dos combatientes de trincheras en la guerra de 1914: cada uno esgrimiendo su discurso en un diálogo de sordos, y más preocupado por lo que pensará la opinión pública de su desempeño personal en el debate que de encontrar una solución adecuada al tema que les convoca. Como quiera que queramos definir y medir la calidad de la democracia, jamás podremos perder de vista la jerarquía de sus juicios y de sus decisiones

como un dato decisivo al evaluar su nivel de excelencia.

Pero no nos engañemos, la política no sólo es deliberación, también es competencia y hasta lucha por valores como diría Weber. El problema radica en encontrar un

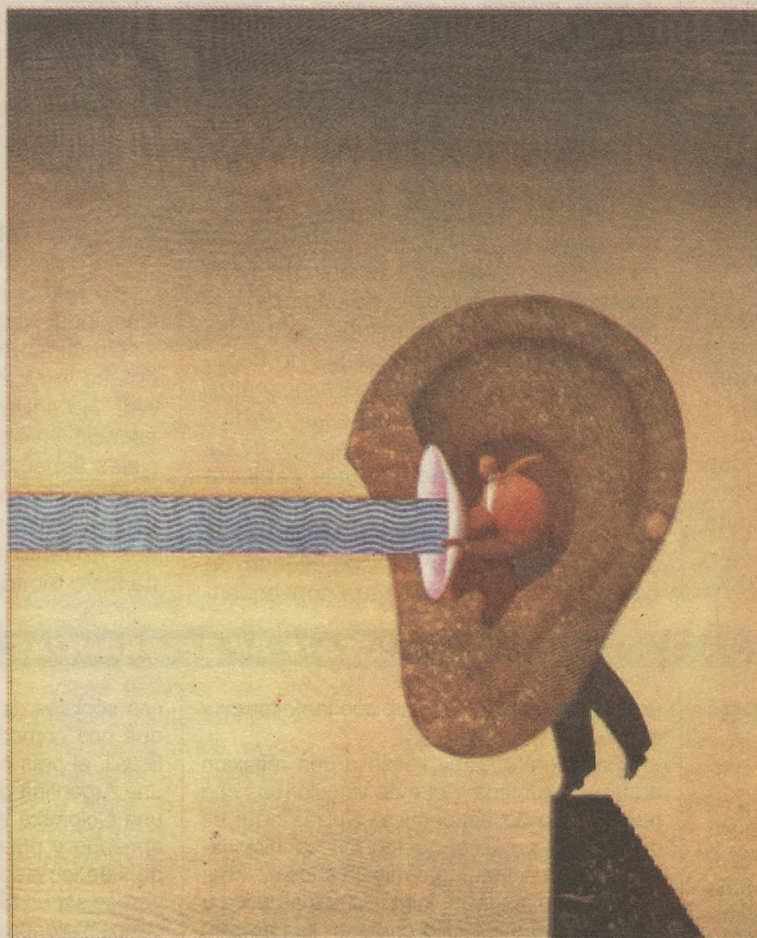
equilibrio adecuado que conjunge cada uno de estos elementos en una fórmula que los incluya, pero en la cual ninguno de estos componentes subordine a los demás.

♦ LA PARTICIPACIÓN CONSCIENTE

En segundo lugar, veamos ¿por qué debería mejorar los rendimientos cualitativos de las decisiones democráticas, el hacer participar a individuos que carecen de los conocimientos necesarios para enfrentar tal desafío?

Hay por lo menos dos respuestas tentativas y complementarias que sintetizaré brevemente en estas líneas: en primer lugar afirmaremos que la participación de los ciudadanos colabora por sí misma a lograr mejores decisiones que una de-

problemas que le preocupan, producto de su accionar público-dialéctico entre iguales, seguramente va a tomar las decisiones con más cautela, ya que además se va a sentir en algún sentido más responsable de lo que suceda luego de tomada tal



mocracia mínima, que una democracia elitista; y en segundo lugar que la participación es necesaria para lograr ciudadanos más virtuosos y más comprometidos con los métodos decisivos de un gobierno popular.

El que los ciudadanos participen en los temas públicos, en su debate y en sus procesos de decisión, provoca que los mismos se sientan más responsables de las decisiones a tomar. No alcanza con que los individuos se vean bombardeados constantemente de información por los medios de comunicación: información no es sinónimo de conocimiento; yo puedo saber y ver detalles de la guerra de Irak, y apreciar afinadamente como vuelan por los aires los combatientes de ambos bandos, pero jamás entenderé nada si no intercambio ideas con otras personas acerca del porqué y sobre el significado de tal guerra.

Al ser el ciudadano quien toma las decisiones, al estar informado de todo lo que sucede, y al sentir el significado de los

decisiones; a su vez, al tener que juzgar a los representantes lo hará con más cuidado, y seguramente valorará con más elementos la prudencia de sus representantes, su información, su buen juicio, ya que él mismo se ha visto en el lugar de quien tiene que decidir.

Al participar más personas en los procesos de decisión, seguramente, el caudal de información va a ser mucho mayor, y los filtros analíticos por los que pase esa información van a ser mucho más finos si los comparamos con los procesos de deliberación de los representantes, quienes además de deliberar, deben intentar ganar votos con sus decisiones, ya que no nos olvidemos que la competencia es una de las condiciones mínimas que una democracia debe poseer.

♦ ¿DOS TIPOS DE CIUDADANOS?

Otra razón es que los involucrados en el problema generalmente tienen una visión y una

información muy diferente a la de los representantes políticos: un conjunto de políticos blancos, jóvenes, adinerados y de Manhattan, seguramente vean las cosas de una manera muy diferente que un grupo de familias negras de Harlem a la hora de resolver sus problemas de vivienda y empleo. Parece más que razonable el escuchar la voz de estos últimos para tener la información y los testimonios necesarios que nos permitan activar los procesos de razonabilidad pública que concluyan en las soluciones más justas.

La segunda razón tiene que ver con la calidad de los ciudadanos de una democracia. Si los ciudadanos participan de alguna manera en los procesos de decisión, su manera de ver la política seguramente cambiará de un modo sustancial: su información y su capacidad crítica en lo que respecta a los asuntos públicos se verán incrementadas por la misma razón por la que un novel diputado, al poco tiempo de trabajar en el parlamento adquiere una determinada pericia en temas que poco tiempo antes no poseía. Al igual que el diputado, el ciudadano tendrá más contacto con información y con técnicos en temas concretos que se sumarán a su propia capacidad de raciocinio creando condiciones para que se pronuncie con otros instrumentos que no posee actualmente el ciudadano común.

El republicanismo participativo parte de la negación de la discontinuidad antropológica de la virtud: esto es, no existen "naturalmente", "antropológicamente determinados" dos tipos de ciudadanos, los excelentes, comprometidos con el interés público; los demás, poco informados e indiferentes a las actividades públicas. La postura republicana nos dirá frente a esto que lo que sucede es que no existen los suficientes incentivos, ni los ámbitos institucionales necesarios para rescatar las potencialidades virtuosas de cada ciudadano.

En suma, la situación proclive a la deliberación pública que se presenta cuando existe este tipo de consultas populares debe ser bien aprovechada, tratando de persuadir a la ciudadanía de que participe en todo tipo de foros, discusiones, etc., intentando sembrar dentro del colectivo ciudadano las responsabilidades cívicas, un estilo sincero de deliberación pública, y la costumbre de participar en la cosa pública en lugar de delegar sus propias responsabilidades en una élite electa pero auto convocada. De esta manera, seguramente podremos evitar los groseros equívocos que ha generado la triunfante propuesta de estatización de los servicios de agua y de saneamiento, y ahorrarnos la vergonzosa situación donde nadie, ni los representantes ni los representados sabían muy bien que era lo que estaban votando. ♦

**Pablo Ney Ferreira es
Licenciado en Ciencia
Política de la UDELAR**